



El Principito

Antoine Saint Exupery

3

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

V. Actos, hábitos y modo de ser

Resumen. El tercer día conoció el drama de los baobabs. El Principito interroga al aviador sobre si los corderos comen arbustos; el aviador le contesta que sí, y el Principito se siente tranquilo al saberlo porque así el cordero podrá comerse los baobabs que crecen en su planeta. El aviador pensó que los baobabs son grandes árboles y que ni con una tropa de elefantes podría acabar con

ellos, pero el Principito le aclaró que antes de ser grandes comienzan siendo pequeños arbustos.

En el planeta del Principito había, como en todo otro planeta, buenas y malas hierbas que daban buenos y malos granos. Los granos son invisibles, permanecen en la tierra hasta que un día se despiertan y comienzan a crecer; al principio se trata de una briznilla inofensiva. Si es una buena hierba puede crecer como quiera. Si es mala, hay que arrancarla en cuanto se la reconoz-

ca. El planeta del Principito estaba infectado de una mala hierba: los baobabs. Si este árbol creciera destruiría el planeta. Para evitarlo, hay que estar vigilante. Es cuestión de disciplina: es una tarea aburrida, pero muy fácil.

No le gusta al aviador adoptar un tono moralista, pero el peligro de los baobabs es tan poco conocido y los riesgos tan considerables que, por una

vez, hace una excepción y dice: "Niños, ¡Prestad atención a los baobabs!". Dominado por el sentimiento de urgencia, se esfuerza por hacer un buen dibujo del baobab.



Comentario.

Cada hombre es un mundo; podríamos decir que cada uno es un planeta. Y el planeta del Principito es su mundo, al mismo tiempo que es el símbolo de la interioridad de quienes son o pretender ser como el Principito. Es el mundo de la ilusión, del sentido, de los valores del espíritu,

Lo esencial es invisible a los ojos

también de la libertad. Ese mundo que todo hombre intuye alguna vez en la vida como suyo, aunque sólo quienes son como el aviador se esfuerzan por construir.

La constitución de ese mundo es tarea ardua, eso quedó establecido en el capítulo anterior. La dificultad de la tarea mana del hecho de que la libertad es algo real. Y porque es real, podemos elegir mal, podemos construir mal nuestra vida. El dato de la libertad nos muestra nuestra grandeza: dueños de nosotros mismos. Pero también la posibilidad del fracaso existencial. La libertad nos sitúa ante la vida con tintes dramáticos.

Y así se presenta este capítulo. Su asunto es un drama: el drama de los baobabs. ¿Qué es un baobab? ¿Por qué constituyen un drama? Aquí se ve otra vez la diferencia de enfoque entre el niño y el adulto. Y se ve nuevamente cómo ambos captan aspectos reales de la cuestión. Reales, pero parciales.

Un baobab, dice el aviador, es un árbol gigantesco. Y es verdad. Por eso se sorprende cuando el Principito pretende que, puesto que el cordero come arbustos, coma también baobabs. Un baobab, dice el Principito, ha sido antes un arbusto. Y también es verdad.

El aviador ve el baobab como algo ya terminado, acabado. Es una mirada objetivante. El Principito, por el contrario, capta la dinamicidad interna del baobab. El baobab es algo vivo, un proceso con inicio y desarrollo: un baobab comienza siendo semilla, que se convierte en un arbusto y éste en un árbol.

Semilla, arbusto, árbol son tres momentos de una misma realidad: el baobab. Y en cada momento presenta unas características distintas: la semilla es invisible, el arbusto es visible y el árbol es gigantesco.

Las semillas «son invisibles, duermen en el secreto de la tierra hasta que a una de ellas se le ocurre despertarse». Brotan de la tierra, digamos que surgen de la profundidad de ese planeta

que las nutre. Veremos más adelante cómo hay otras semillas que, aunque se nutren y crecen ahí, no brotan de esa tierra, sino que germinan a partir de «un grano traído de no se sabe dónde». Pero en este capítulo se trata de lo que brota del interior mismo del planeta, esto es, de nuestro propio interior.

A los arbustos se les puede ya distinguir unos de otros, ya se les reconoce y puede saberse si son buenos o malos. Si son buenos podemos dejarlos crecer «como quieran». Si son malos hay que arrancarlos inmediatamente, hay que evitar que se conviertan en árboles y dominen y destrocen el planeta.

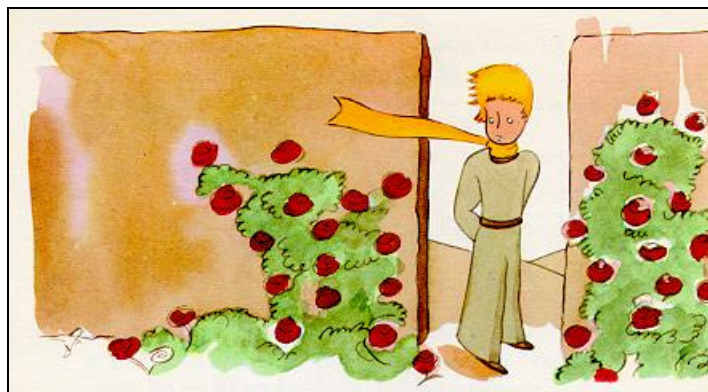
Visto así, conseguir mantener el planeta limpio de malas hierbas es «cuestión de disciplina», de constancia, de perseverancia: «es un trabajo muy aburrido, pero muy fácil». El peligro es descuidarse, la desgana. El Principito cuenta que conoció el planeta de un perezoso que había descuidado tres arbustos y...

El aviador comprende la perspectiva del Principito y se ve movido por un sentimiento de urgencia para avisar a los niños. A pesar de que no le gusta tomar el tono de un moralista, insiste repetidas veces para que los niños sean conscientes del peligro de los baobabs.

¿Por qué advertir del peligro de los baobabs es adoptar un tono moralizante? ¿Qué simboliza el baobab? ¿Cuál es ese peligro que desde hace tiempo nos ronda sin que lo sepamos? El tono de urgencia empleado en el libro sugiere que se trata de algo de gran importancia.

Pienso que una interpretación coherente con lo que llevamos visto podría considerar el planeta como lo que el hombre es, tal como dijimos más arriba. Por su parte el baobab es aquello que se

nutre de la tierra, que brota a partir de ella. El baobab y el rosal, las malas y las buenas hierbas, brotan igualmente del planeta. El bien y el mal brotan igualmente de la naturaleza humana. Lo que el hombre



COMUNIDAD ESCOLAR
FUNDACIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN EDUCATIVA

hace, sus actos libres, brotan de su interioridad. Pero el hecho de que algo brote de la libertad humana no lo hace bueno. Ya lo hemos visto: mi libertad me pone a mí mismo en mis manos, para hacerme buena o mala persona. La libertad no garantiza el éxito.

He aquí la conexión de este capítulo con los precedentes. Sigamos ahora considerando la perspectiva dinámica. Nadie se hace bueno o malo en un momento: no nace el árbol, antes ha sido semilla.

Aquí hay que entender las semillas como los actos, los arbustos como los hábitos y el árbol como el modo de ser (carácter o personalidad).

Los actos, los hábitos y la personalidad han brotado de nuestro interior. La persona-

lidad es tan nuestra como nuestros actos. Somos tan dueños de la una como de los otros ya que todo ha brotado de nuestra libertad.

En un cierto sentido, la personalidad es como el árbol: algo ya formado, constituido, terminado. La personalidad es lo que somos, contiene en sí el poso de nuestra vida. Es lo que intentamos expresar cuando decimos de alguien que es honrado o trapacero, trabajador u holgazán, atento o descortés, simpático o antipático y, en última instancia, buena o mala persona. Consideramos que tal persona es así, al igual que un baobab es un cierto tipo de árbol. Son así y no hay más vuelta de hoja. Esta era la perspectiva adoptada inicialmente por el aviador respecto al baobab (y respecto a las personas mayores, en el capítulo precedente, tal como quedó indicado allí).

Pero el Principito le hizo ver que el árbol ha sido antes arbusto, y antes aún semilla. La personalidad se ha forjado a partir de los actos.

Los actos humanos brotan de la libertad, somos dueños de nuestros actos. Unos actos son buenos y otros

malos. Podemos considerar que un acto (sea bueno, sea malo) no es excesivamente importante: una mentira, una sonrisa... una sola vez ¿qué importancia tienen? Una mentira es un acto malo, una sonrisa es algo bueno. Un hombre veraz, honrado,... que miente una vez realiza un acto malo pero sigue siendo veraz y honrado (quizá no tan veraz, pero nadie es perfecto). Un hombre antipático que responde a un saludo con una sonrisa realiza una acción buena, pero sigue siendo antipático (quizá no tan antipático, pero nadie es un perfecto antipático). Los actos, como las semillas, son invisibles.

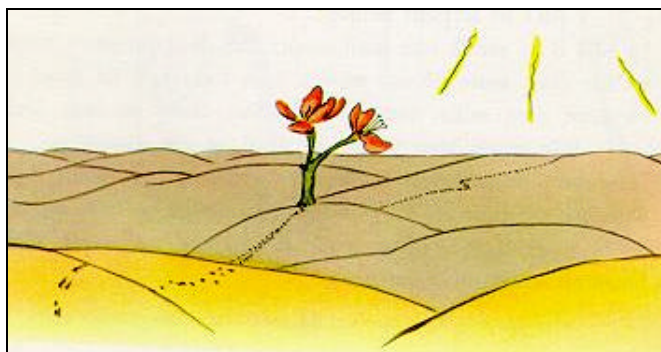
Ahora bien, si los actos se van realizando una y otra vez, entonces empiezan a

hacerse visibles: surgen los arbustos, los hábitos. La persona veraz que miente una vez y otra, acaba por desarrollar el hábito de mentir. La persona antipática que se esfuerza por sonreír una y otra vez acaba siendo simpática. Surgen los hábitos como fruto de la repetición de actos. Cuando los hábitos están consolidándose, estamos a tiempo de ayudarlos o, por el contrario, de esforzarnos por erradicarlos. El hombre veraz que se da cuenta de que está convirtiéndose en un mentiroso, puede esforzarse por actuar de otro modo en lo sucesivo. Cuando los hábitos se han consolidado, nos llevan a que actuemos de una determinada manera (es la naturalización de la libertad a que aludimos capítulos atrás). Hemos construido nuestra personalidad.

En definitiva, no sólo nuestro obrar, sino también nuestro modo de ser está en nuestras manos. Y lo que somos es algo siempre moldeable, siempre

mejorable. Y su correlato: siempre susceptible de empeorar. Este es el peligro: a él alude con la imagen del planeta del perezoso.

«La personalidad es lo que somos, contiene en sí el poso de nuestra vida»



VI. La melancolía

Resumen. El aviador fue comprendiendo poco a poco la vida melancólica del Principito. Al Principito le encantan las puestas de sol. Por eso dice al aviador que quiere ver una. El aviador le hace ver que hay que esperar. El Principito cae entonces en la cuenta de que no está en su casa, donde basta desplazar un poco la silla para ver ponerse el sol. Por último, el Principito señala que cuando se está realmente triste, son agradables las puestas de sol.

Comentario. Vivimos en el mundo que somos capaces de pensar. Quien sólo es capaz de ver lo material y cuantitativo vive en un mundo material y mecánico; quien es sensible a la belleza, vivirá en el mundo de la gracia. Y la realidad supera a ambos. Porque la realidad es más rica, más profunda. Al comentar, en el capítulo 2, el descubrimiento de los distintos niveles en los que el hombre puede moverse, señalamos distintas actitudes posibles del hombre. Una de ellas consiste en aceptar la llamada a vivir creativamente, en el ámbito de lo valioso. El Principito es símbolo de este tipo de personas. Pareciera que una

persona así debería ser inmensamente feliz. Se esfuerza por captar lo más valioso de las cosas y de las personas, intenta que no se agoste en él la fuente del sentido de la vida. Sin embargo, cuando se profundiza un poco aparece la "pequeña vida melancólica" del Principito que necesita el bálsamo de la dulzura de una puesta de sol cuando está triste, lo cual sucede con bastante frecuencia (un día hasta cuarenta y tres veces).

La melancolía aparece aquí como el acompañante habitual del hombre de espíritu.

Se la ha conocido también como bilis negra y es que el término "melancholía", de origen griego, está compuesto por "melas" (negro) y "cholé" (bilis). Aparece por primera vez en la historia en el "Corpus Hippocraticum", donde es tratada en el contexto de la teoría psicósomática de los humores. Por su parte, Aristóteles relaciona la melancolía con la genialidad ya desde las líneas iniciales

del célebre Problema XXX: «¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres excepcionales resultan ser claramente melancólicos?» .

Tanto desde el punto de vista de la psiquiatría como desde el filosófico, ha sido objeto de estudio en



numerosas ocasiones. El origen somático, su dimensión patológica, su relación con estados tales como la genialidad, la tristeza, la depresión,... son cuestiones de indudable interés que han sido tratadas detenidamente en multitud de lugares. La abundante bibliografía sobre el particular nos exime de entrar en este momento en un análisis sobre la cuestión. Simplemente haremos una exposición de los aspectos que consideramos más acordes con el contexto global de "El Principito".

Reparemos en que se siente melancolía por algo. El temple melancólico tiene carácter intencional, es decir, se manifiesta como tal ante un determinado fenómeno. Y hemos de prestar atención también a ese algo.

La melancolía no sólo aparece en "El Principito", puede rastrearse por doquier en la obra de Saint-Exupéry; es un estado habitual del autor que traslada a su personaje.

La consciencia de la mediocridad en que se encuentra la mayor parte de los hombres que lo rodean le hace sentirse angustiado. No es casual que surja este sentimiento precisamente aquí. El hombre de espíritu ve lo esencial, lo valioso. Pero ve también que ese ámbito es frágil. Y se rompe tantas veces. Y clama: «¿No comprendéis que nos hemos equivocado de ruta en algún punto? El hormiguero humano es más rico que antes, disponemos de más bienes y placeres, y sin embargo nos falta algo esencial que nos resulta difícil definir. Nos sentimos menos hombres; porque hemos perdido misteriosas prerrogativas»; es la condición humana: los hombres «pierden lo esencial e ignoran lo que han perdido». Así vista, la melancolía supone una «tentación de ver las cosas bajo el

signo de la caducidad» y, por eso mismo, está cercana a la tristeza. Y la tristeza no es buena. Hay que superar la tristeza.

Pero la melancolía deriva de un aspecto positivo: la capacidad de ver lo valioso. Y verlo de un modo no ingenuo, sino realista. Supone darse cuenta de que lo valioso es arduo, frágil; se rompe con facilidad. Esto nos conduce a la cuestión de la superación de la melancolía. Parece que sólo se la podría eliminar perdiendo la capacidad de ver lo valioso o alegrándose del mal que supone la pérdida de ese ámbito. Respecto a lo primero, señala Kierkegaard que «cuanto menos espíritu, tanto menos melancolía». La segunda opción no me parece tampoco sensata: la tristeza es mala, pero la tristeza ante el mal, no lo es tanto (en cualquier caso, es mejor que la indiferencia o la alegría).

Esta cuestión me parece capital. La solución aparecerá cuando seamos capaces de enfocar de otro modo el problema. Hemos de aguardar hasta el epílogo de esta obra; hay que recorrer todo el camino para ver el fin. Allí veremos que el lugar donde el Principito apareció y después desapareció es el «paisaje más bello y más triste del mundo». Hemos de aplazar este punto hasta que estemos en condiciones de abordarlo de un modo más profundo. Baste ahora con sugerir que ese lugar en el que el Principito apareció es el alma y ella dice al hombre: «estás nervioso y a mal con la vida cuando me desatiendes, y continuarás en ese estado y perecerás si no te vuelves hacia mí con amor renovado, con atención. Son, en verdad, los débiles, los poco valiosos, quienes enfermarán con el tiempo y perderán la facultad de ser felices. Los buenos son la semilla del futuro».

VII. Lo urgente y lo importante

Resumen. Si el cordero come arbustos, también come flores, incluso las flores que tienen espinas. Pero entonces, ¿para qué les sirven las espinas? He ahí el problema que plantea el Principito al aviador.

El aviador no sabía la respuesta. El Principito insiste en su pregunta y él, irritado por la avería, le responde "no importa qué". No obstante, el Principito insiste e insiste hasta que el aviador estalla: en ese momento no tiene tiempo de ocuparse de flores, espinas y cosas por el estilo. Lo que le urge es reparar la avería: ha de ocuparse de cosas serias.

El Principito queda estupefacto: "¡cosas serias!". El aviador se comporta como una persona mayor, es decir, "confunde todo... mezcla todo". Ahora es el Principito quien está irritado; conoce «un planeta donde hay un señor carmesí. Jamás ha respirado una flor. Jamás ha mirado una estrella. Jamás ha amado a nadie. Y todo el día repite: "¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!" y eso le hace hincharse de orgullo. Pero ¡No es un hombre, es un champiñón!». ¿Cómo se puede pensar que los números de un señor carmesí son algo más serio que intentar comprender lo que hacen las flores desde hace millones de años?

El Principito estalló bruscamente en sollozos. La noche había caído. Ahora al aviador le trae sin cuidado su martillo, su perno, la sed y la muerte porque había un Principito al que consolar. Lo intenta de varios modos, aunque no sabe exactamente qué

decir. Se siente muy torpe... El país de las lágrimas es tan misterioso...

Comentario. En este capítulo el aviador da un paso atrás. Lo hemos visto consciente de la diversidad de planos (lo valioso frente a lo utilitario) desde el inicio, acogiendo la llamada a profundizar en el ámbito de lo valioso, haciéndose consciente de la grandeza de la tarea del ser que con su inteligencia y su libertad ha de construir su propia vida. Hemos visto ya todo eso. Pero una cosa es saber qué es lo mejor y lo valioso en la vida y otra cosa es organizar la propia vida de un modo coherente con lo que se sabe.

De hecho, el aviador sigue empeñado en reparar la avería del avión. Y aún considera que esto es lo importante, lo serio frente a la disputa sobre las espinas que es algo carente de interés o, lo que es lo mismo, de utilidad.

En última instancia, ocurre que sigue siendo como las personas mayores. No distingue lo importante (el mundo de lo valioso) de lo urgente (arreglar la avería). Por eso lo confunden todo, no entienden nada. Sigue aferrado al plano de lo utilitario: hablar sobre el sentido de la vida, lo valioso, etc. está bien cuando no hay problemas.

El Principito lo compara a un señor carmesí que conoció en un planeta. Ese hombre es la viva imagen del trabajador concienzudo, riguroso, serio pero que carece absolutamente del sentido del trabajo. Trabaja bien, pero siempre hace lo mismo: lo serio es repetitivo, frente a lo valioso que es

creación siempre ex novo: puede ser lo mismo, pero no del mismo modo.

Lo serio así entendido es rutinario, y en ese sentido se opone a lo festivo (algo tan propio de la gente alegre) y a lo lúdico, al juego (algo tan propio de los niños). Esta seriedad no sabe de alegría ni de juventud de espíritu. No sabe de reposo en el fin porque no va más allá de los medios. Por eso el aviador está angustiado: es urgente acabar la tarea y el tiempo corre en su contra. En el juego y en la fiesta el tiempo pasa pero no se vive esto como algo agobiante. Se trata de una vivencia gozosa de lo que se está haciendo.

En definitiva, el aviador ha decaído. El Principito, al ver sus ilusiones rotas, llora porque «lloramos los valores amenazados, perdidos o, también, los valores irrealizados o irrealizables»; este llanto tiene la función de llamar la atención sobre el grave peligro en que se encuentra el aviador. Y tiene su fruto, ya que el aviador, al verlo llorar, reacciona y por eso lo consuela, y vuelve a

esforzarse por vivir en el plano de lo valioso, y valora en su justa medida los problemas: la sed, la necesidad de reparar la avería para escapar de la muerte. Entiende que de nada sirve arreglar la avería si no se tiene claro para qué se vuela, ni apagar la sed si no se tiene claro

para qué se vive. Beber es urgente (si no bebemos, morimos), saber para qué se vive, es importante, lo más importante.

Distinguir lo valioso de lo utilitario, o lo importante de lo urgente es algo esencial a lo que ya se ha hecho referencia en esta obra. En este capítulo se muestra que un paso más consiste en ser coherente con esta distinción: ser capaz de mantener la tensión interior que se requiere para articular adecuadamente ambos planos. El obstáculo consiste en dejarse llevar, verse permanentemente arrastrado por lo urgente, lo utilitario, lo inmediato. Este estilo vital, frecuente, está dominado por la rutina. Su figura mítica es Prometeo.

La importancia de esta idea explica que, aunque ya ha insistido en ella repetidas veces, vuelva a hacerlo más adelante, subrayando distintos matices. Así ocurre, por ejemplo, cuando se habla del hombre de negocios en el capítulo XIII. También es serio: tiene tanto trabajo que no tiene tiempo para fantasear, soñar, mirar

las estrellas; allí veremos que se trata de un

tipo humano, un estilo vital muy frecuente. Veremos también en el capítulo XXII cómo los que más aprisan no suelen saber dónde van: no tienen tiempo para averiguarlo: lo urgente es ir, por eso descuidan lo importante (el para qué ir, o adónde).

«En el juego y en la fiesta el tiempo pasa pero no se vive esto como algo agobiante»